

Un interminable estreno de teatro figura en las carteleras nacionales, en estos días. Es una parábola moderna, salida de la siempre original mente de Fernando Josseau. Esto es "Su Excelencia el Embajador", en producción del Teatro de Cámara.

"Su Excelencia el Embajador" es una comedia política de Fernando Josseau. Director: Alejandro Castillo. Producido: Teatro de Cámara. Escenografía: Juan Carlos Castillo. Vestuario: Rosario Scapigliati. Productor: Ana María Palma.

LA OBRA

Fernando Josseau en sus obras ha sido, desde siempre, un interesante oceán de varios ingredientes, todos mezclados e integrados a su propia y vigorosa personalidad. Pintoresco, su juego de identidad y sus salidas temporales, muchos toques del sólido expresionismo alemán, de pre-guerra y post-guerra, más una fuerte tendencia a volver todo esto en un humor de oso, un poco en la medida de los sólidos dramaturgos noruegueses de los tiempos de Ibsen y O'Neill.

El autor chileno tiene una individualidad tan vigorosa que cada una de sus creaciones podría ser llevada a la escena en las formas y bajo los estilos más diversos. Incluso, cuando el propio autor lleva este conocido, él mismo jamás causa la impresión de haber obtenido resultados definitivos. Su ópera "Prestamista", obra con la que realizó incalculables gira, nació esta obsesión por el cambio de parte del autor y no sólo en scrupulos detallados. Esta inquietud de encapricharse, de expandir ideas, de intentar el drama, convierte muchos de sus trabajos en plenos por sentir, rompecabezas y juegos de ideas, y dibujos, sin final tipo. Y es que el propio autor parecería ser otro personaje más de una obra teatral inconclusa.

"Su Excelencia el Embajador" es muchas cosas, pero ante todo es la adaptación realizada por el propio Josseau de uno de sus cuentos de su obra "Cher Passe". Como tal, tiene un evidente perfume literario sobre el teatral, discurriendo sobre que directo-conceptual antítesis que desmitifica. El Hombre con más basuras del mundo y el Hombre mejor almacendado del orbe más que de carne y hueso son símbolos, representativos de lo que podría ser, en último término la metafísica del antagonismo entre los seres humanos, abierta y clausurada. Punto, en manos de un director o muy creativo o muy simplista, puede resultar muy empobrecido.

No ayuda mucho a esta realidad el uso de los personajes que representan al funcionario, la familia (típica), el policía y sus ayudantes. Por la risqueta de los parlamentos, largos, y duros, los actores tienen una buena ocasión para entregar, con punto un buen éxito. El toque de humor muy Josseau-típico, indiferencia, tensión de varias tensiones y despegue por el resto del mundo, ponen en lo que original, que hacen más dispensable e indiferente esta obra? Quisiera como un autoconcienciamiento contemporáneo, indudablemente, una obra a los valores que rigen este mundo nuestro, bendecido y arraigado por anacronías semejante un relato de fabula del siglo XX. Así y no es tanto, es y no es un juego por temas, pero lo que es interesante es poder ver la voz de este creador y tener la ocasión de "ver" su pensamiento, materializado en una poesía en escena.

DIRECCION Y PRODUCCION

Alejandro Castillo nos produce la impresión de ser parte de un cierto tipo de directores que asumen su labor, un poco para interpretar, dirigir y



Si el director de esta obra, Alejandro Castillo quisiera ser realista, dejando de lado todo simbolismo, para qué el disfraz del policía como un Sherlock Holmes asilado en Manhattan? ¿Por qué una escenografía que se come a la pieza y le da un aire pobres?

Teatro: "Su Excelencia el Embajador" y F. Josseau



Jorge Alvarado (a la izquierda) parece ser el intérprete ideal para el teatro del absurdo, el de Fernando Josseau, y el personaje del rapaz pudo haber sido escrito para él. ¿Qué otro actor nacional daría el pateísmo, la agresividad subyacente, la clarividencia y la terrible honestidad de este hombre llevado al extremo de sus fuerzas?

sin corregir, a los actores, vivir o morir.

En este caso, Josseau parece mostrarnos que en otras oportunidades y lo que pudo ser hasta el día de hoy en escena original, se convierte en el peor ingrediente de la obra. Nos referimos a la omisión de un tratamiento tradicional de los personajes, con una presentación de ellos y luego una pregnante traducción en acciones, actividades o palabras.

Aquí, cada personaje entrega su mensaje, y practica el diálogo como quien aplica una dialéctica, revisando todos al propósito de brindar la antinomia, raciocinio, horribles aludes. Tratada la obra en forma recta, como parece ser la intención del director, se habría llegado a efectos curiosos, pero la poesía en escena no sigue, está perdida sino en forma nacial y con ello desvirtuada. El hom-

y los personajes parecen absurdos. Sólo la brillante actuación de los protagonistas, los resaltos del riesgo de una faldedad definitiva.

Si el director quisiera ser realista, dejando de lado todo simbolismo, para qué el disfraz del policía evoca a Sherlock Holmes, asilado en Manhattan. ¿Por qué una escenografía que se come a la obra y le da un aire pobres? Nota última, a pesar de los evidentes esfuerzos de una producción seria y profesional, como es la que caracteriza siempre a este buen equipo teatral. Alejandro Castillo, con variados logros como director en su breve carrera, pudo en este caso, tomar el camino más difícil de un análisis profundo de los múltiples factores que significan esta obra compleja, pero importante. Tal como se ve en el pequeño escenario del Salón Filarmónico, "Su Excelencia el Embajador" ostentó lo expectante

hasta extremos peligrosos, cosa propia general y cosa deseada de actores, quedando algunos como la esposa del Embajador, definitivamente lastimados.

INTERPRETACION

Jorge Alvarado parece ser el intérprete ideal para el teatro del absurdo, el teatro de Fernando Josseau y el personaje del rapaz pudo haber sido escrito para él. ¿Qué otro actor nacional estaría en condiciones de dar el pateísmo, la agresividad subyacente, la clarividencia y la terrible honestidad de este hombre llevado al extremo de sus fuerzas?

Mérito en su equipo de vagabundo de gran arte, mientras empuja un revólver, da por presencia, por fuerza interior, toda la carga emocional que el actor sabe conferir a sus creaciones. Sólo y a la vez digno, lastimado hasta extremos de penitencia, pero también con tanta fuerza de expectación en sus ideas que hará meditar a su antagonista, El Embajador.

Este personaje también es exigente. El actor debe llegar al pateísmo casi desde su primer parlamento y sin embargo, en este caso, este hecho no se detecta como una falla en la construcción de la obra, sino como algo natural en un drama moderno que no pretende por la exposición, sino por el clímax mismo.

Parece un real desafío para un gran actor y Jorge Alvarado, con sus 35 años de labor teatral, sabe dominar los matices, despertar los ojos justos, sin caer en la exageración y dando siempre la extraña sensación de que el mismo, un miserabilista producto del mundo de hoy, en cualquier punto del oceano. En todo caso, debemos que Josseau, como en muchas de sus parábolas en un sentido abstracto, Manhattan.

Luis Alarcón se ha convertido en un actor de la escena y fue un solido de reparto. Robusta, constreñida, digna y autoritaria. Basta el papel más difícil. Es el español, el embajador de la República, mejor alimentado del mundo, el sitio donde lo llevó la vida erradicada. Es un triunfador, un símbolo de lo que se ha perdiendo elevado a su máxima expresión, donde alcanzar en este momento, sobre el Universo. Es casi una estatua, una misma algebría, de muchas cosas y por lo tanto, su interpretación es aún más compleja y casi incompleta. El actor sale muy armado de esta responsabilidad, su trabajo es profundo, sólidamente establecido cuando es preciso y toca sus mejores instantes, cuando antagoniza con el bon-bonicio familiar.

Ocurrió un gran rocambo final quando flotando un poco, sobre un ligero interrogante, frente a la imagen del mago, con su sombrero gigante de 35 dólares. Pero el efecto general es positivo y la presencia del actor crece que en uno de los pocos en muestra medio espacios de brindar con mayor muestra y sensibilidad, un rol tan especial.

Mario Latorre como MacNair, jefe de policía del consulado a su superior simpática, algo balbucero que no va desvinculado con el resto del espectáculo. Tienen bastantes logros, pero no parece un poco anterior. Sus ministros Modesto Brusio y Gonzalo Cárdenas, llaman con cierta salvajeza labores normas, ciertas al mismo tiempo. Juan Carlos Blotta cumple y muy bien con una viñeta del más puro teatro del absurdo, con su rol de primer secretario. Parece como en algunos roles operísticos, desde el trámolo y nunca baja de este nivel. Pero, las cualidades de humor intelectual que sabe desplegar y bien, este actor, da a su trabajo una condición de apogeo vital en la obra. Ana María Palma no logra igual fuerza. Se expresa, tiene la cumbre oficial impensable, pero no avilada, ardeja, ni anticipa nada. Sin embargo, un entorno inquietante, clínico, que se cae y blinda el objetivo del conjunto de ofrecer el buen teatro nacional.

Teatro: "su excelencia, el embajador" y F. Josseau [artículo] Yolanda Montecinos.

Libros y documentos

AUTORÍA

Montecinos, Yolanda

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Teatro: "su excelencia, el embajador" y F. Josseau [artículo] Yolanda Montecinos. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)

Mapa